



VOL: AÑO 2, NUMERO 3
FECHA: INVIERNO 1986-1987
TEMA: POLITICA Y VERDAD
TITULO: **Teoría crítica del sujeto**
AUTOR: *Estela Serret B.*
SECCION: Reseñas

TEXTO

En este texto Jensen compila trabajos de cuatro autores que en su conjunto constituyen una muestra clara de las preocupaciones fundamentales y las premisas más importantes de la "teoría crítica del sujeto".

El problema central en esta propuesta teórica -de la cual es Alfred Lorenzer el principal exponente y que encuentra su antecedente inmediato en la llamada Escuela de Frankfurt- es relaborar, bajo una óptica no esquemática, la relación entre psicoanálisis y marxismo. En este sentido, la mayoría de los artículos plantean que pese a ser imprescindible, resulta sumamente problemático relacionar los análisis sobre la individualidad psíquica con los que investigan el medio histórico social y subrayan que esta dificultad salta a la vista cuando se revisan los diversos intentos producidos para establecer este vínculo. Así, desde Adorno -incluido en esta recopilación como antecedente de la mencionada corriente teórica- se reconoce el problema a la vez como necesario y difícil:

"...la verdadera ciencia debe contemplar de frente el efecto recíproco de factores sociales y psicológicos, o sea que el objeto del análisis no debería ser la dinámica pulsional atomísticamente aislada dentro del individuo sino más bien el proceso vital en su totalidad" (p. 16). Sin embargo, los intentos que en este sentido ha realizado el 'revisiónismo neofreudiano' sólo han logrado, en opinión de Adorno, una sociologización del psicoanálisis empobrecedora para ambos campos del conocimiento.

La crítica que hace Adorno a los revisionistas la repiten Lorenzer y Dahmer contra el freudomarxismo y todos ellos contra W. Reich. Los argumentos son más o menos los mismos; la fusión entre psicoanálisis y materialismo histórico se hace bajo un tamiz biologicista o economicista, positivista y en todo caso esquemático, que se revela como tal en el establecimiento de determinantes (que hacen primaria la función social sobre la pulsional o viceversa) y en la ignorancia de la compleja dialéctica fundante de la relación individuo-sociedad.

El problema se vuelve más complejo cuando se reconoce que la dificultad para encontrar la manera adecuada de relacionar al materialismo histórico con el psicoanálisis parte de una escisión objetiva (producida en y por el sistema capitalista) entre la realidad interna del individuo y su medio social.

"...la falsa conciencia tiene al mismo tiempo razón: la vida interior y exterior están desgarradas entre ellas" (Adorno, p. 39).

Y esto porque, para H. Dahmer, en la sociedad burguesa se despliega totalmente el antagonismo individuo-sociedad de tal manera que "Psicología y sociología así como sus correlatos críticos -psicoanálisis y materialismo histórico- investigan, en una división del trabajo, la estructura interna de los productores de mercancías aislados y sus relaciones de producción (las cuales -realmente mistificadas- le tienen que aparecer como las de cosas) la historia vital de los hombres individuales y la historia de la sociedad burguesa" (Dahmer, p. 133). "La mutua extrañeza entre ambas teorías expresa la ruptura entre los hombres actuantes y sus relaciones naturales cristalizadas en instituciones..." (H.D., p. 139).

Por lo tanto, según Adorno, el problema de relacionar adecuadamente ambas disciplinas sólo puede resolverse si se evita utilizar categorías que construyen a ambas por separado para expresar su relación y se piensa a esta última a partir de nuevas construcciones teóricas. Esto no significa que en la teoría pueda efectuarse una fusión de términos que están objetivamente enajenados, sólo implica que una empresa de esta naturaleza debe plantearse como el intento de elaborar una teoría crítica gestora de la transformación. (Cf. Adorno, pp. 39 y ss.).

La respuesta dada por Lorenzer a este problema es que la única manera de relacionar la realidad intersubjetiva con la realidad social es construyendo "un concepto psicoanalítico del símbolo que permita al mismo tiempo conocer la determinación merced a la situación histórica objetiva del enfrentamiento con la naturaleza externa. Por otra parte esto sólo es concebible si queda claro que el psicoanálisis nunca es sólo psicología individual, sino que, como análisis de procesos histórico-vitales concretos, de antemano va más allá de ello" (p. 85).

Esto es, el psicoanálisis no puede pensarse como una psicología del yo sino como una "teoría de la interacción" y el concepto que puede precisamente sintetizar la interacción es el símbolo (Cf. pp. 110 y 113):

"El símbolo no sólo media fenómenos biológicos con contenidos ideacionales (los cuales, por su lado, están enraizados en la realidad de la situación económica) y el lenguaje no sólo identifica 'pensamiento y acción' sino que en el símbolo se intersectan también los dos ámbitos que, antes que cualquier otra cosa caracterizan el psicoanálisis: los ámbitos del inconsciente y de la conciencia" (114).

Tomando en cuenta estas consideraciones Lorenzer infiere que el símbolo sintetiza las diversas fuentes y formas de los trastornos que afectan al sujeto en su autoconstitución; por un lado el símbolo de la mutilación social; precede al sujeto y le es transmitido por los agentes de la socialización; de otra parte los trastornos peculiares de las personas primarias (familia) que también le son transmitidas por diversas formas al sujeto infantil, y finalmente la "desfiguración de las posibilidades productivas de los sujetos (durante su vida adulta) a través de una modificación traumática de la praxis" (127).

En un análisis comparativo entre las propuestas de Lacan y Lorenzer, R. Heim nos precisa el contenido de estos conceptos. Así, afirma que el objetivo perseguido por Lorenzer al construir su teoría de los símbolos es "...fundamentar más específicamente el potencial crítico-emancipatorio del psicoanálisis -ampliado en la dimensión lingüística- con el aparato conceptual de la teoría crítica" (Heim, p. 162).

Lorenzer apuesta pues, por una terapia que no olvide la dialéctica de individuo, sociedad e historia, es decir, un psicoanálisis capaz de permitir al individuo, entre otras cosas, comprenderse como factor político.

Si prestamos atención a los contenidos de estas tesis veremos que la deuda contraída por la teoría crítica del sujeto con la llamada Escuela de Frankfurt, dista mucho de haber sido saldada. En efecto, podemos encontrar en estos planteamientos una lógica (confesada o no) humanista distinguida por defender alguna cualidad esencial (definible entonces como la "verdad" la "real") en contra de aquello que la enajena la empaña o la oculta.

El planteamiento hecho por Lorenzer del psicoanálisis como "teoría crítica", sus objeciones a la visión "a-histórica" y estructuralista que ofrece la concepción lacaniana del inconsciente, hablan claro sobre esto. El psicoanálisis puede ser pensando como teoría crítica (y fundar, como él propone, su práctica terapéutica en la autorreflexión del sujeto que le permita iniciar la crítica de la ideología) porque se concibe la interacción individuo-sociedad (en el capitalismo) como generadora de un extrañamiento entre el yo y sus cualidades esenciales (capacidad de autoproducción por medio del trabajo, por ejemplo. Cf. pp. 122 y ss.) manifestado en el debilitamiento de la capacidad de simbolización.

"La concepción de Lorenzer tiende terapéuticamente a superar, extender y optimizar la capacidad de simbolización del yo debilitado neuróticamente por formas desimbolizadas de interacción" (Heim, p. 169).

En esta óptica pues, la terapia psicoanalítica tiene la función de fortalecer en el sujeto una visión crítica que le permite desengañarse (?) y recuperar, mediante una simbolización adecuada, una visión no distorsionada de la (¿verdadera, esencial?) realidad:

"Como crítica de los sujetos el psicoanálisis levanta el velo de la destrucción de la interacción, a la cual le sirve de base una deformación de la autopresentación productiva del hombre" (Lorenzer, p. 129).

Por otra parte, y resulta paradójico, los seguidores de esta corriente critican en otros un esquematismo que ellos practican. Dahmer, por ejemplo, afirma:

"...sólo los ingenuos pueden derivar la guerra imperialista, que no es ningún acontecimiento natural, de las aspiraciones inconscientes de los implicados en ella". (156)

Sin embargo, este mismo autor particulariza de una manera evidente la derivación de los problemas pulsionales que el psicoanálisis trata a partir de las contradicciones inherentes al sistema capitalista. Así, "La teoría de Freud no se ocupa del proceso vital de la sociedad burguesa analizada por Marx, sino de las cicatrices de la neurosis que los individuos (de determinados estratos sociales) adquieren cuando se adaptan a las exigencias del sistema de autoconservación y dominio organizado sobre la división del trabajo. No enseña nada sobre el capitalismo pero sí mucho sobre lo que éste hace de los hombres" (p. 155).

¿Significa esto que para Dahmer la neurosis afecta sólo a los oprimidos? ¿Qué el inconsciente no sólo tiene historia sino clase social?

Por lo pronto resulta claro que para él el psicoanálisis es teoría crítica y como tal debe concebirse al mismo tiempo como crítica de la realidad social existente y como propuesta para el cambio. "Psicoanálisis y materialismo histórico son crítica de la seudo naturaleza (en y sobre los individuos) e instrucción para una praxis transformadora. Ambos quieren sustraer a las víctimas de las 'leyes naturales' -sociales y psicológicas-, de la coacción de estas leyes al suprimir su condición marginal la 'inconciencia de los participantes'. En ambos vive el impulso de superar un 'estado inconsciente de la humanidad' en el cual los sujetos son dominados por sus propias producciones, tanto mercancías como neurosis" (p. 158).

Si el psicoanálisis no se plantea su tarea transformadora de lo social, entonces resultará inútil el esfuerzo del terapeuta en tanto las represiones sufridas en esta sociedad por el sujeto rebasan el ámbito de la infancia y se repiten y renuevan durante la vida adulta cuando el sujeto se enfrenta a su estructura social.

Por ello el psicoanálisis, si es visto desde otra perspectiva, se ve obligado a funcionar más bien como terapia de adaptación.

El hecho de que para estos autores la alternativa del psicoanálisis se limite a estas dos opciones (terapia de adaptación o teoría crítica) nos habla con suficiente elocuencia de la lógica esencialista dominante en esta corriente teórica.

De ahí también que las críticas de Lorenzer a Lacan se centren en la llamada "objetividad abstracta del lenguaje" (Cf. p. 180), eje de las construcciones teóricas lacanianas, porque finalmente se pretende pensar al análisis como un instrumento para el cambio, una terapia que permita a los sujetos recuperar sus posibilidades transformadoras de una sociedad concreta.

Por esto, si el inconsciente se piensa -desde Lacan- como análogo al lenguaje, y éste es una estructura (para la cual no importa la historia de las sociedades concretas sino, en términos mucho más generales, la cultura) que precede y configura al sujeto, pierde sentido el objetivo central de la teoría crítica; reivindicar al psicoanálisis como factor de liberación.

Una liberación además que no se piensa (como no puede pensarse ningún cambio) en abstracto: implica forzosamente una posición valorativa sobre lo bueno y lo malo; qué debe cambiar con respecto a qué. Y, por la forma peculiar como se estructura esta propuesta, (alrededor de la existencia de un yo unitario, generador de símbolos, que rompe con la diferencia lógica entre yo y ello y convierte a los procesos primario y secundario sólo en dos momentos distintos de una misma realidad. Cf. p. 169) debe concluirse la necesidad de impulsar el cambio porque existe una cualidad esencial en los sujetos que ha sido deformada (p. 129) por las estructuras coercitivas de la realidad social existente, de tal modo que si el analista no quiere asumirse como un agente de adaptación debe trabajar para restituir al yo de la capacidad para descorrer velos ideológicos (p. 171) y enfrentarse a la realidad social con una nueva visión que le permita transformarla.

Podría decirse en este sentido que la teoría crítica del sujeto traslada al psicoanálisis la desafortunada tesis del marxismo clásico de la 'toma de conciencia' (p. 158) según la cual lo único que impide a los sujetos decidirse a luchar por el cambio es el velo de la ideología, obstáculo para conocer su verdadera situación.

Su apuesta fundamental parece ser pues, defender la verdad. Y en nombre de la verdad se han cometido ya suficientes errores en política y en teoría.